

CAPITULO III

FIN ULTIMO DEL HOMBRE.

En todo ser concurren cuatro causas: causa eficiente, causa material, causa formal y causa final.

Es decir, todos los seres existen por un fin y si las piedras, el agua; el fuego, su existencia tiene como causa un fin, el hombre siendo un ser inteligente y libre debe tener también un fin, entonces podemos decir que el hombre en todas sus acciones libres, obra con un fin y ciertamente por un fin último.

Obra por un fin, porque toda la potencia está ordenada a obrar y ese objeto de la acción es una finalidad. Entonces siendo la voluntad libre, debe obrar para algo, es decir, debe tender a un fin y ese fin debe ser ciertamente el último porque si se obra en razón de a., y a. en razón de b., y b. en razón de c., así, hasta llegar a la z., caeríamos en fines indefinidos, es decir, se pretendería llegar a lo irreal, a lo no existente. Y es absurdo suponer al Autor de la Naturaleza, que el hombre tuviese esa tendencia que nunca pudiese satisfacer.

Hay fines intermedios y fin último.

Supongamos que un estudiante trata de vencer una carrera, mientras realiza los estudios, cada clase que asiste, cada examen que presenta, cada mes que va transcurriendo, van tendiendo a una finalidad. El deseo de asistir a una clase, el deseo de quedar bien, son verdaderas finalidades, pues realmente son finalidades subordinadas a otra finalidad futura que es la de vencer a la carrera. En esta razón decimos, que mientras no consigue la carrera, todos los medios que va poniendo son fines intermedios hasta que logra el vencimiento de su carrera.

Supongámoslo ya recibido; no ha llegado aún al fin último, porque entonces este estudiante convertido en profesional quiere algo más y resulta que lo que ahora se convierte en una finalidad es un medio para alcanzar otros fines; ahora quiere progresar, quiere ejercer la profesión, quiere, en una palabra, lograr muchas aspiraciones. Hemos visto que no ha llegado todavía al fin último.

Entonces, siempre existe en el hombre la tendencia a una finalidad y a una finalidad última, y repetimos, no podemos suponer al Autor de la Naturaleza que haya dotado al hombre de esa inclinación natural y necesaria, a esa finalidad para que no la pudiera conseguir. Por lo pronto se nos demuestra que por naturaleza el hombre tiende a un fin y a un fin último.

NATURALEZA DEL FIN ÚLTIMO DEL HOMBRE.

El fin último del hombre consiste en su natural felicidad.

Por felicidad podemos entender, un estado perfecto de agregación de todos los bienes, esto es, un bien perfecto que alcance la completa quietud.

La felicidad puede ser objetiva o subjetiva, según que se refiera al objeto mismo de la felicidad o al acto de alcanzarla.

La felicidad objetiva no puede consistir en los bienes del cuerpo, como la salud, la riqueza, porque estos bienes por más que se supusiera que alcanzaran la felicidad, el simple temor de perder las riquezas, el constante deseo de acumular nuevos bienes, la insatisfacción después del goce del placer, la pérdida de la salud; todo eso estaría constituyendo al mismo tiempo la infelicidad y una cosa no podría ser y no ser al mismo tiempo. Entonces los bienes corporales, jamás pueden consistir nuestra plena felicidad.

Tampoco pueden ser los bienes del alma, como el honor, la fama, la gloria o la ciencia, la virtud. Por la misma razón estos bienes, por lo que se refiere al poder, a la fama, el temor de perderlos constituiría ya la pérdida de la felicidad. En cuanto a la ciencia, mientras más se sabe el hombre más quiere saber y nunca queda satisfecho y la insatisfacción no puede ser felicidad. La virtud misma; sintiéndose el hombre virtuoso, mientras más piense en esta virtud más perfecto desearía ser y entonces se encontraría también insatisfecho.

Lo que quiere decir pues, que no está la felicidad tampoco en los bienes del alma y por la misma razón, no puede estar en la unión de los dos bienes, tanto del cuerpo como del alma, porque de todas maneras el hombre se encontraría constantemente insatisfecho como decía Schopenhauer.

Tampoco podemos seguir a este pensador que pretendía hacer al hombre feliz matando la voluntad, haciéndolo abúlico. Esto equivale a destruir la naturaleza del hombre y tampoco puede estar su felicidad en contra de su misma naturaleza.

Si la felicidad del hombre no la constituyen ni los bienes del cuerpo ni los bienes del alma, ni la unión de ambos, entonces su felicidad consiste única y exclusivamente en Dios. De lo contrario, no habrá felicidad objetiva.

Por otra parte, la felicidad subjetiva esencialmente consiste en la contemplación de Dios por la inteligencia y el amor a Él mismo, por la voluntad. De lo dicho se desprende, que en la vida mortal el hombre jamás alcanzará la felicidad completa, es decir, no podrá obtener su fin último y así es en realidad y lo testimonia la misma experiencia.

No olvidemos que el hombre es un ser racional, dotado de inteligencia, voluntad y libertad y su entendimiento se inclina por naturaleza a la verdad, pero a la verdad universal y su voluntad a querer esta verdad y al quererla, no es otra cosa que el bien universal y éste no puede ser otro

que Dios mismo.

Por esto habíamos establecido como antecedente que la ética no tenía razón de ser sin estas tres verdades fundamentales: Inmortalidad del alma, existencia de Dios y libertad humana.

Sin embargo, esto no quiere decir que el hombre esté condenado a vivir en una infelicidad. Todo lo contrario, si el hombre por su convicción y de acuerdo con estas tres fundamentales verdades norma después su conducta, no perdiendo de vista estos principios, claro está que aún en esta vida logra una felicidad, aunque no sea totalmente completa.

Y esa felicidad podrá ser un anticipo, podrá ser un preludio de una felicidad perdurable, pero esa felicidad ultraterrena ya no corresponde al campo de nuestra disciplina, ya pertenece al campo de la Teología y entra directamente al dominio de las religiones.

Pero sin invadir el campo de las religiones, ni de la Teología, por la sola luz de la razón sabemos que el hombre fundamentándose en estas tres verdades necesarias en sí mismas, en el orden del conocimiento, puede el hombre dentro de la ética alcanzar su fin. Es decir, llevar una conducta moral y al llevar una conducta moral sentirse feliz y no es otra cosa el objeto de la ética, que la felicidad de los propios hombres y hablamos de los hombres en esta vida, no del hombre de ultratumba. Repetimos. eso ya no cae en el campo de la Filosofía.

(Elementos de Introducción a la Filosofía y Ética. Antonio Márquez Moro. Ed. Porrúa. Pág. 170).

Advierte Santo Tomás que todos aspiran al bien supremo considerado subjetivamente: "Siendo el bien objeto de la voluntad, el bien perfecto del hombre es lo que satisface plenamente su voluntad; así, que desear la felicidad no es otra cosa que aspirar a que la voluntad quede saciada, lo que todos quieren". Pero cuando se trata del bien objetivo, o sea de aquello en que consiste la felicidad, "no todos lo conocen y en este sentido no todos lo desean".

(Suma 1°, 2°, 95 a 8)